

Una cosa que ellos saben

Los humanos se convierten en caminos de memoria,
un lugar para refugiarse, un lugar para recostarse,
un lugar con el que tratar.

Las memorias derrotadas no juegan
un juego de zona cero,
un juego de fondo, un discurso inferior, un trauma de base,
un juego de salidas y llegadas,
de ir y venir, de ida y vuelta.

Mis órganos indispensables:
mi corazón, mi hígado, mis intestinos,
mis pulmones que respiran.
La ruptura histórica de una voz sofocada,
bajo el agua.
Dispensas políticas,
sufrimiento, ira, indignación, dolor.
El terror se despliega,
el cuerpo exhibido,
se enferma físicamente de rabia y miedo,
incapacitado por la Corona y sus espectros futuros,
el presente de la rabia, los fantasmas del dolor.

Nombres, nombres, nombres, nombres... El hogar no tiene nombre,
¿Cómo habitar un cuerpo sin nombre? Un hogar sin nombre,
nombres, nombres, nombres, nombres, nombres... Grita un nombre.
Grita ante la impunidad, estremece la inmisericordia, susurra la violencia.
Nombres, nombres, nombres... el horror nombra.
Aquellos que nombran,
gobiernan.

Lastrado por pérdidas y traumas,
los sentimientos están contenidos; la vida se ha rendido.
Catástrofes industriales, cuerpos robados,
trofeos violados, veneno nacido del sexo.
Desechados por el desgaste,

el agotamiento,
propiedad privada desechada
sin posibilidad de reparación,
Esa es la sensación de no estar en casa.

Amor propio y autoafirmación,
reencarnación, rehabilitación, reconstrucción.
¿Cómo hacerlo?
Dar la vuelta a la herida,
¿qué ves?
Rabia,
¿cómo llegar bajo la piel?

Ya no basta con ver

para articular el sufrimiento,
el daño cerebral y la neurosis,
capitalismo y esquizofrenia:
heridas recicladas
para el dar,
para la economía.
¿Cómo abrirse paso?
Excavando, abriéndote, escarbando en tus vísceras.
Detrás de la máscara empujan
el saber hacer, el manual de espera.